



Una larga búsqueda espiritual

En el verano de 383, disgustado por los estudiantes excesivamente turbulentos –los “alborotadores”– abandonó Cartago hacia Roma. Su madre, opuesta a su proyecto, acabó uniéndose a él.

Ambicioso, Agustín; posteriormente obtuvo un importante puesto como retórico en Milán, en la corte imperial. Él fue responsable de redactar los discursos oficiales allí.

Agustín en Milán va a escuchar los sermones del obispo Ambrosio. Sin que él lo haya pensado realmente, esto le proporcionó una solución a sus dificultades personales: de allí que san Agustín se aproxime a leer el Antiguo Testamento, otorgándole un significado espiritual nuevo. Gracias a la lectura de los libros de los neoplatónicos, ya no concibe a Dios como un ser puramente material.

En Milán a Agustín se le abre un camino hacia la interioridad. El conocimiento de Dios no es sólo una obra de la inteligencia, sino también una cuestión del corazón. En aquella época, Agustín ya no era verdaderamente maniqueo. Pero todavía no es completamente cristiano. Simpliciano, su catequista le hace leer entonces el Prólogo de san Juan: “El Verbo se hizo carne”; por tanto, Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre. Las últimas objeciones contra la persona de Cristo finalmente desaparecen en él.

LEER MÁS

*“No te hallarás sin la amistad de tu prójimo allí donde tendrás a Dios por amigo” (S 299D,6).*